

# Sin título

Luna Carriel

El día en que Alex había accedido a visitar a su prima en el pueblo, con más razones de escape que de visita, no creyó que terminaría en una fiesta a mitad del parque. Era de madrugada y casi todos se habían separado en grupos, muchos se fueron. Él al menos había quedado junto a personas que conocía. Más o menos. Miró a su lado y sentados en la fuente, había amigos y compañeros de su prima discutiendo sobre música. Bebió un sorbo.

Algo en la periferia de su vista le llamó la atención, y al voltear vislumbró a un señor. Estaba oscuro, pero aun así Alex podía ver que todo en él parecía inusualmente fuera de lugar, con un aura extraña. Llevaba un traje celeste que le quedaba tan grande que no se podía ver la verdadera figura de su cuerpo. Este traía manchas de óxido por todas partes. También tenía un gran sombrero de paja que hacía casi imposible el ver sus hinchados ojos, acompañados de grandes ojeras. Alex creía que eran de diferentes colores, pero no podía estar seguro. Al reconocer el traje, sintió escalofríos.

El viejo se veía tan miserable, que él sólo podía sentir pena y culpa. Una urgencia de hacer algo le apretaba el pecho. Una urgencia que contuvo, porque si cerraba los ojos, solo veía escarlata.

“¿Qué miras?” Preguntó su prima, que de inmediato notó su atención dispersa. “Oh, él es Larry. Es como el Loco del pueblo. Como en la televisión. Y lo sabrías si vinieras a visitarme más seguido.” Terminó, de manera risueña, sintiendo la inquietud de Alex.

Una amiga de su prima, Nadia, oyó lo que dijo. “Uh, el primo de Andrea quiere saber sobre Larry. Yo empiezo. Él trabajaba como conserje en una escuela hasta que su familia murió. Algunos dicen que se volvió loco porque vieron cómo los asesinaron. Yo digo que él los mató.” Ya todos estaban escuchando la conversación, y la mayoría la miró de una forma recriminatoria. “¿Qué? ¿Acaso tienen otra teoría que incluye aliens?” Ella dijo, burlona.

Otro chico continuó hablando. “Él no trabajaba en una escuela. Trabajaba en el banco. Y estafaba a sus clientes, por lo que yo creo que uno de ellos fue quién asesinó a su familia. Homicidio por venganza, nunca pasa de moda.”

Alex ya se estaba alarmando por la forma tan casual en la que relataban sus versiones de la historia, y ambas le parecían macabras. Andrea volvió a tener la atención. “No les creas, primo. Nadie está seguro de cuál era su vida antes. Pero todos concuerdan en lo que pasó luego de las muertes, que, por cierto, también pudieron ser un accidente.” Ante eso, sus amigos bufaron. Ella los ignoró. “Uno de sus apodos

es 'Duende Maldito', porque luego de perder a su familia sólo tenía mala suerte. Y porque tiene rostro de duende." Andrea se encogió de hombros. Su primo recordó las historias de los duendes que esconden sus ollas de oro al final de un arcoíris, pero se volvió a concentrar en la narrativa de Andrea, que al final había logrado atrapar su curiosidad. "Lo despidieron, su casa se incendió y perdió todas sus cosas. No tenía familia en otro lugar y la que tenía en este pueblo lo rechazó. Tampoco nadie sabe cuál era su familia. Una vez incluso intentó suicidarse saltando de un puente, pero se enredó con unos árboles que retuvieron la caída, o algo así, la verdad no sé cómo es que una maleza lo salvó, pero esa es la versión colectiva."

Volvió su mirada al viejo y vio a través de grandes árboles una escena en la que parecía que los patos del estanque lo estaban atacando. "Tal vez debería ir a ayudarlo." Dijo, atrapado por la lástima, esta vez sin poder retenerla.

Todos comenzaron a irse. Su prima miró a Larry. "Ya eres grande, haz lo que quieras. Pero te advierto que no lograrás ni siquiera que te escuche. Además, nunca nadie lo ha oído hablar. Cuando llegues a casa no hagas ruido, mi mamá tiene el sueño ligero." Le revolvió un poco el cabello y siguió a la pequeña multitud marchante.

Alex comenzó a caminar al estanque, dónde los patos ya se iban, pero él siguió su camino,

atravesando ramas. Mientras más cerca estaba del 'Duende Maldito', más frío sentía. Tragó saliva.

“¿Hola? Quería ayudarlo con los patos, pero...”  
Dejó morir su diálogo cuando notó que, tal como su prima dijo, parecía que Larry no lo oía. Lo rodeó para estar frente a su cara. “Soy Alex. ¿Necesita algo?”

El señor alzó la cabeza, y Alex vio que sus ojos sí eran de colores distintos, justo antes de que las pupilas, que ahora eran líneas verticales, se volvieran rojas, como si estuvieran sangrando. Retrocedió y se sintió chocar contra una roca, lo único que necesitó para paralizarse.

“Un jovencito forastero” Dijo el viejo, con una voz de anciano inocente. Alex se sorprendió de la calma en su tono. “Ingenuo chico. ¡Qué chico tan ingenuo! ¿Por qué te crees valioso de mi tiempo?” Alex estaba desconcertado, tratando de darle sentido a sus palabras, cuando su voz cambió a una siniestra, sin rastro de la anterior. Una voz como salida del Inframundo, buscando su paso en un mundo indigno, y era tan áspera que parecía que no había hablado en años, más años de lo que el anciano mostraba haber tenido. “La lluvia en tus hombros no es la que pretendes. Y no estoy aquí para ver cómo mientes. ¡Aléjate! Si no quieres terminar como el viejo que ves, siendo un nuevo cascarón para mí. ¡Aléjate! Intenta escapar, pero por tus crímenes

tarde o temprano pagarás. A mi furia eterna te enfrentarás.”

Aterrorizado por sus palabras, trataba de no recordar. Pero alguien, o algo, empujaba las memorias a sus ojos. Memorias de un señor parecido al que tenía enfrente, vestido igual. Un señor que buscaba ayuda. Un señor que, al acercársele, Alex sentía una falsa amenaza y una repulsión altanera. Un señor que, por un malentendido, por un accidente, terminó en el suelo, a sus pies, con manchas del mismo líquido rojo con olor a metal que yacía en sus propias manos. Solo un accidente, un malentendido. Deseaba tanto cambiar lo que había pasado, el cómo actuó, pero no podía. Simplemente no podía.

El viejo sonrió de una manera enferma, de oreja a oreja y mostrando unos dientes afilados. Comenzó a enderezarse, de modo que el dobladillo de su pantalón se levantó, mostrando sus pies. Que no eran pies en absoluto, sino una pata de cabra y una de gallina.

“¡Corre, pequeño ingenuo insolente! ¡Corre, si quieres vivir!”

Pero Alex no podía correr.